

**El proceso de domesticación de las plantas, sobre todo de los cereales, durante el periodo llamado neolítico suscita muchos interrogantes. El último libro del investigador Nissim Amzallag *Los granos del más allá. La domesticación de las plantas en el Cercano Oriente* es sin duda un enfoque que nos lleva a considerar de manera nueva esta problemática asociando en un tríptico los cereales, la religión y la muerte rompiendo con el esquema de explicación tradicional productivista y utilitarista.**

**Frédéric Richard**

La formación de Nissim Amzallag, investigador de la Universidad Ben-Gurión del Néguev en Israel, especialista en botánica y en historia antigua del Cercano Oriente, explica la originalidad de su trabajo.

El autor publicó anteriormente otro trabajo que suscitó también intensos debates. Afirmó que los Israelitas no “inventaron” el dios Yahweh pero lo tomaron de los Quenitas un pueblo de herreros citado en el Antiguo Testamento.

Aconsejamos la lectura de dos documentos que permiten un primer acercamiento a la investigación compleja de Nissim Amzallag dedicada a los granos del más allá.

La entrevista de Nissim Amzallag realizada por Youness Bousenna para el periódico Le Monde el 7 de abril de 2024 y la reseña publicada por Matthieu Calame en el sitio del Colegio de Francia “La Vie des idées” (la Vida de las Ideas).

Nissim Amzallag localiza 14 focos donde tuvo lugar hace miles de años la domesticación primaria de las plantas como el Cercano Oriente, China, los Andes, África del Oeste, ....

El autor se interesa en la civilización natufiense que se desarrolló en el Cercano Oriente entre 12500 y 9700 antes de Cristo.

Pone en duda las explicaciones tradicionales que explican la domesticación de las plantas como la seguridad alimentaria y la voluntad de afirmar su prestigio con el acopio de recursos esenciales que se pueden distribuir.

Nissim Amzallag recomienda no entrar en un enfoque anacrónico. Muestra que nuestro mundo considera a menudo la innovación técnica a través de su aplicación inmediata.

Utilizando el concepto de tecnopoiesis muestra que frecuentemente las innovaciones tienen en su inicio dimensiones demasiado complejas para que sus aplicaciones inmediatas aparezcan de manera nítida.

En realidad, hay que considerar estas innovaciones en una dimensión espiritual que conlleva una representación del mundo.

La tecnopoiesis constituye esta fase inicial que da más importancia al proceso que a la utilidad final. Con el tiempo, una lógica de autonomía se afirma y el producto final adquiere una dimensión utilitarista.

Los tres milenios que marcaron la domesticación de las plantas en esta región son, según el autor, un claro ejemplo de tecnopoiesis. El propósito primero del cultivo de las plantas tenía una dimensión espiritual y religiosa, que el autor llama cósmica, y no de consumo.

Nissim Amzallag insiste en un descubrimiento reciente que asocia la botánica y la arqueología, las plantas “sobrevitales”.

Se trata del envejecimiento más lento de los cereales salvajes que crecen sobre las tumbas de los muertos recientemente inhumados por el efecto de las hormonas poliaminas que provienen de la descomposición de los cadáveres.

Los hombres han descubierto la transmisión de su vitalidad a las plantas a través de la ofrenda de su cuerpo provocando una nueva relación con la naturaleza que no tiene nada que ver con una apropiación utilitarista. El consumo de las semillas de los granos sobrevitales fue ritual. Se trataba de reintroducir en la sociedad la vitalidad de los antepasados.

Poco a poco se constituye una reserva de granos ancestrales. Este proceso provoca dos efectos fundamentales.

Las plantas se transforman y poco a poco sin selección y producen las variedades domésticas. La comunidad de los antepasados y su memoria se vuelve cada vez más amplia.

La devoción a los antepasados se transforma en una adoración a divinidades. Nissim Amzallag identifica dos divinidades. Un dios de la domesticación de las plantas que regala los granos a la humanidad y un dios de la producción agrícola ligado al cielo y al trueno. Por ejemplo, en la Alta Mesopotamia, Dagán, el dios de las semillas y Baal-Haddu, el dios de la producción agrícola.

Dagán es *Bel Zei*, el dueño de las semillas, y *bel pagra'um*, el dueño de las carroñas. Se ve el vínculo estrecho mencionado anteriormente entre las plantas y los cadáveres.

Esta doble evolución que vuelve innecesaria las plantas sobrevitales hace pasar la agricultura de la fase tecnopoietica a la fase productiva.

Las religiones han conservado esta asociación entre las plantas, la muerte y los cadáveres. En Grecia, Deméter, cuyo culto de la vitalidad se manifestaba en los Misterios de Eleusis, implicaba un cerdito en descomposición y galletas de cereales. La devoción a Adonis veía el crecimiento en los jardines dedicados al dios de plantas verdes que se resecaban sin dar frutos. En Egipto, se fabricaba una reproducción en arcilla, del cadáver de Osiris, el dios de la muerte, en arcilla, donde crecían semillas de cebada.

En su reseña, Matthieu Calame evoca de manera oportuna el concepto de serendipia. Un descubrimiento casual, que trae a veces consecuencias positivas, y no tiene vínculo con la cosa buscada.

Podríamos evocar también, la temática de la apoptosis, un proceso biológico y médico que asocia estrechamente la vida y la muerte. Una asociación que ha suscitado preguntas esenciales entre los seres humanos desde la aparición de la conciencia.